

OBJETOS PERDIDOS

LA OFICINA DE LOS
SUEÑOS EXTRAVIADOS

Helen
Paris

Traducción:

CARLOS MILLA e ISABEL FERRER



MAEVA

*Para mi querida Leslie,
con todo mi amor*

Prólogo

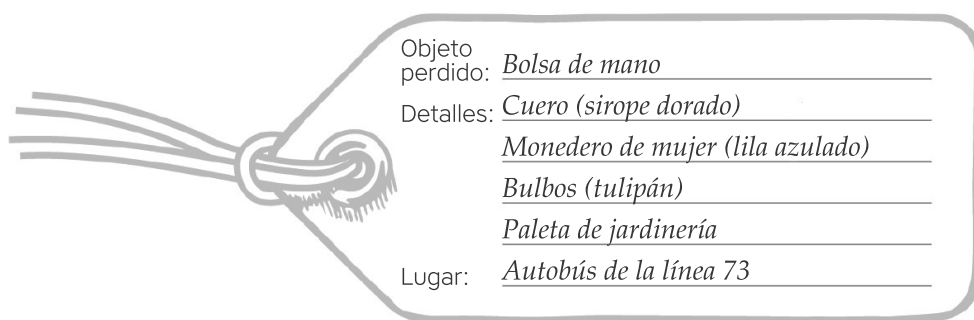
ESTO DE AQUÍ abajo parece una iglesia, todo en penumbra y lleno de insólitos feligreses: botellas de vino, cochecitos de bebé y una urna funeraria. Cuando los fluorescentes del techo cobran vida con un zumbido, los colores destellan como la luz a través de una vidriera: amarillo, ámbar, marrón topo, turquesa o más fucsia del que uno podría imaginarse. Lo primero que salta a la vista es el amarillo. Un tono amarillo mostaza de Dijon, más que Colman's en polvo.

En la oficina de Objetos Perdidos, la precisión es importante. Hay que encontrar las palabras exactas y conseguir que quepan en el reducido espacio de las etiquetas de color Dijon prendidas en todos y cada uno de los artículos perdidos que se almacenan aquí. Entre escribir «Bolso de mujer, bermellón moteado» o «Bolso de mujer, rojo» puede radicar la diferencia para que el artículo en cuestión se reúna con su dueña o languidezca en este lugar para siempre.

Asa de cuero, ¿dice? ¿Y cómo es?, pregunto. ¿Semicircular? ¿Cosida? ¿Con hebilla? ¿Mordisqueada? Cabe reconocer que es un verdadero reto establecer distinciones entre un paraguas plegable negro y otro, pero hago lo que puedo. Presto atención a los detalles.

En medio de los pasillos de todo aquello que se ha extraviado, olvidado y abandonado, estoy yo, Dot. Pero, una advertencia, me oirán antes de verme; tengo los pies de mi padre: planos; acoplados a los tobillos de mi madre, esbeltos. Por lo general siempre estoy aquí abajo, colocando objetos en los estantes y etiquetando. Y, a veces, cuando el resto de los empleados se ha marchado a casa, aquí me quedo yo, amarrada al pie de mi árbol genealógico, con la mirada fija en innumerables pérdidas dispuestas en hileras.

1



ES ESTACIONAL, ESO de perder cosas. Fuera cae un aguacero torrencial de otoño; dentro, un diluvio de paraguas que es necesario registrar y etiquetar. En Atención al Cliente estamos desbordados. Un grupo de personas empapadas hace cola a lo largo del mostrador, envueltas en el tenue vapor que emanan sus abrigos de lana. Se refugian temporalmente en Objetos Perdidos, adonde acuden en busca de lo que han extraviado o para entregar lo que han encontrado.

Yo, sentada en el extremo opuesto del mostrador, pongo etiquetas a los paraguas perdidos mientras Anita atiende a los clientes, aunque cuando le lanzo una mirada veo que está escarbando en su bolso, como de costumbre.

—Mecachis, ¿dónde he dejado el bolígrafo? —dice. «Está terminantemente prohibido que el personal acceda con sus pertenencias a la zona pública.» —. Tiene que estar aquí, en algún sitio.

Busca más hondo, en los inmensos recovecos del bolso. Un bolso de ante marrón y blanco, compacto, colgado al hombro, del que nunca se desprende, lleno de cachivaches que tintinean

como el fantasma de Marley. Cada vez que miro a Anita, ella tiene el brazo hundido hasta el codo en el bolso, como si asistiera a una vaca en el parto, siempre buscando a tientas unas barritas adelgazantes o un pulverizador de perfume. Me he planteado sugerirle que quizá le convendría llevar algo más pequeño, ¿acaso una cartera con hebilla? Siempre ando recogiendo todo aquello que deja olvidado a su paso: una bufanda en el lavabo de mujeres, un cepillo de pelo abandonado en el mostrador...

—¡Caray, Dots! —exclama—. Perdería hasta la cabeza si no la tuviera atornillada.

Y tiene toda la razón.

Saco el segundo mejor bolígrafo Sheaffer del bolsillo de la chaqueta y se lo entrego.

—Eres un encanto —dice y se vuelve hacia un cliente.

No lo soy ni mucho menos, y albergo pocas esperanzas de que el Sheaffer regrese a su sitio. Lo que me sienta bastante mal, porque es nuevo; se trata de un regalo que me hice a mí misma por mi cumpleaños.

Cuando Anita empezó a trabajar en Objetos Perdidos, le pregunté qué la había traído aquí, en vista de lo mucho que le cuesta mantener bajo control sus propias cosas, y ya no digamos las de los demás. «Enumeré en la oficina de empleo todas mis aptitudes —admitió ante un café espumoso en el restaurante italiano de al lado, tras rescatar del interior de su amplio bolso un tubo pequeño con el que disparó dos pastillitas a su taza—. Les enseñé mi título de esteticista y les expliqué mis planes profesionales. ¡Y me mandaron aquí! ¿Qué los llevó a pensar que por el hecho de tener un “Diploma de nivel tres en servicios de manicura” se me daría bien ocuparme a diario de los trastos de la gente?»

Ya lleva aquí casi tanto tiempo como yo. A diferencia de otros que vienen y van, ella se quedó. Quizá lo de la manicura nunca cuajó. Nunca ha entrado en detalles y yo no soy

quién para preguntárselo. Todos tenemos nuestros sueños. Yo, de niña, quería ser bibliotecaria. A menudo buscaba cobijo en el sosegado orden de la biblioteca pública y me deleitaba con el aplomo con el que la bibliotecaria abría mi libro, centrándome en los crujidos de la cubierta de celofán. Lo que más me gustaba era la firmeza con la que aquella mujer sellaba la fecha y la delicadeza con la que deslizaba la ficha rosa para sacarla del bolsillo de cartulina, porque yo sabía que la guardaría a buen recaudo por mí hasta que devolviese el libro.

Ahora las han cerrado casi todas, las bibliotecas, y *Objetos Perdidos* acabó siendo el sitio idóneo para mí. Aquí se depositan todos los objetos abandonados en los autobuses, los taxis, el metro y los trenes de Londres: nos llegan centenares de objetos a diario. Se pierden cosas sin cesar; eso es indefectible. Y tengo un buen horario. De vez en cuando nos vemos obligados a participar en las «Excursiones» que organiza TfL, Transport for London, en las que tenemos que quedarnos con la mirada fija en un tablón y escuchar a jovencitos rociados de colonia barata y vestidos con trajes lavables a máquina decir hasta la saciedad: «No es problema». ¿Qué saben ellos de las complejidades de *Objetos Perdidos*? ¿De la pérdida y su sinfín de problemas? Para ellos, todo es desarrollo del personal y contratación. Eso sí, lo de la contratación nos va bastante bien. La contratación «no es problema». Ja. Esto es una interminable procesión de empleados temporales, en su mayoría estudiantes, que están aquí de paso, y que quieren una remuneración y un puesto de trabajo en la ciudad. Se conforman con cualquier cosa que les encuentre la agencia de colocación.

Yo presenté una solicitud.

Verán, sé lo que es la pérdida. Conozco su forma, sus puntos débiles, sus ángulos y sus afiladas aristas. He sentido cada una de sus coordenadas. Le he cosido el nombre en el lado interior del cuello.

Cuando termino de etiquetar los paraguas, empiezo con una caja de objetos que llegaron ayer del almacén de la estación de autobuses Victoria. La oficina está detrás de Atención al Cliente y mientras clasifico, me arrulla el reconfortante canturreo que sale por la puerta mientras Gabrielle, estudiante francesa de intercambio y Sukanya, de la escuela de Arte Dramático, atienden consultas telefónicas.

—¿Seis copas con tallo largo de John Lewis? Tal como las ha descrito, señora. Su taxista las trajo ayer.

—¿Hizo usted trasbordo en Tottenham Court Road...? Ya, ya, esa escalera mecánica lleva averiada una eternidad, ¿verdad que sí? Es una calamidad, una verdadera tragedia.

A decir verdad, Sukanya podría procurar ser algo menos teatral y bajar un poquito la voz; entiendo que está ejercitando sus aptitudes interpretativas, pero debería saber que existe eso que llaman exceso de proyección.

En mi caja, hay una rebeca de un bonito color bígaro. Parece tejida a mano: esa hilera de botones de nácar le da un realce magnífico. Adivino que es de una mujer mayor, con un peinado en forma de cucurucho y un archipiélago de manchas de vejez. Aunque, eso sí, también podría ser de una adolescente que experimenta con una imagen retro... pero no, al olfatearla se hace evidente un sutil aroma a lirio. He acertado a la primera, como es habitual. Acabo de rellenar la etiqueta Dijon y la ato con firmeza en torno a uno de los botones de nácar; luego paso a un mugriento anorak verde estanque de hombre con medio paquete de caramelos Polo en un bolsillo y una lista de la compra escrita a lápiz en el otro. Esta vez el olor es menos definible: una mezcla de menta y moho con un toque de salsa. Es una prenda muy apreciada, no obstante, ese anorak; el dueño se habrá llevado un disgusto al extraviarlo. Relleno la etiqueta y la prendo con un doble nudo al tirador de la cremallera. ¿Y qué más? Un bolso, bastante bonito, por cierto. La dueña andaba

buscando problemas con ese cierre roto. Es solo cuestión de tiempo que algo se caiga y se pierda. Sin embargo, alguien que no tira un bolso a la primera señal de desgaste merece respeto. La mayoría de la gente ya no siente esa clase de lealtad.

Dentro no hay gran cosa —toma nota, Anita—: un pañuelo, una barra de labios, recibos de compra. El dinero o las tarjetas de crédito ya se han retirado y guardado a buen recaudo en Objetos de Valor. Aunque, eso sí, siempre pregunto, ¿cuál es el verdadero valor de un objeto? El bolso es de una piel excelente: gastada, peropreciada. Sé distinguir la calidad. No me jacto. Cuando una se pasa todo el día manipulando pertenencias ajenas, aprende a valorar ese tipo de cosas.

En general, se trata de un desfile de teléfonos, fundas de plástico con pases del transporte público y novelas de suspense con las esquinas dobladas, por lo que, cuando aparece algo especial, una se fija, se recrea por un momento en el resplandor de su pátina. El pañuelo es un capricho: de hilo, con un estampado original de Liberty, acaso el mejor, a mi juicio. Pero la barra de labios es una sorpresa. Yo no me maquillo —la verdad es que nunca le he cogido el truco—, pero ¿rojo ígneo? Sencillamente, no pega con el bolso ni con el pañuelo. Retiro el tapón y, cuando giro la base, asoman unos desiguales centímetros de carmesí. Mmm, no es una impecable punta romboide: está redondeada y desdibujada por el uso. Ay, esa barra de labios desapareja va a causarme desazón durante el resto del día, como una semilla de amapola entre los dientes.

—HE VISTO QUE ha vuelto tu admirador, Nita.

Ed señala con la cabeza a un cliente que sale renqueante valiéndose de un bastón. Pese a que su actual lugar de trabajo es la cercana estación de Baker Street, Ed pasa gran parte de su jornada laboral apoyado en nuestro mostrador, donde cruza un

sinfín de comentarios cargados de doble sentido con Anita y bebe té muy cargado con una alarmante cantidad de leche, de un tazón medio roto del Arsenal de colores rojo y blanco.

—Pero ¿qué dices? No es mi admirador —replica a la vez que desentierra un tarrito de brillo de labios de color fresa del fondo del bolso. «Está terminantemente prohibido que el personal acceda con sus pertenencias a la...» Libro una batalla perdida. Ed la mira absorto, como un personaje de la *Adoración de los Reyes Magos* de Botticelli, mientras ella se recubre los labios de un brillo reluciente con lentas pasadas de un lado a otro.

—Un reincidente, pues —dice Ed, que sorbe aire por la nariz de un modo muy poco atractivo.

—Cree el ladrón que todos son de su condición. —Anita forma un beso con los labios en dirección a él—. ¿Un pitillo rápido?

—Con mucho gusto.

—¿Qué hay? —Sheila, nuestra última adquisición de la agencia de empleo temporal SmartChoice, entra desde la oficina acompañada del taconeo de unos zapatos concebidos para inducir mal de alturas.

Ed vuelve la cabeza de golpe en dirección a ella.

—¿De qué habláis?

Sheila, alias SmartChoice, planta su culito en el mostrador con un contoneo y trenza las piernas, enfundadas en unas sugerentes medias, como si fueran regalices.

Ed fija la mirada en ella.

Anita echa el tarrito de brillo de labios al bolso.

—De nada en especial, solo de un vejete que viene cada dos o tres meses para comunicar la «pérdida» de su bastón. —Anita se interrumpe para entrecomillar la palabra con los dedos índices, uno de ellos inquietantemente pringoso.

—Debe de ser muy olvidadizo —dice SmartChoice y le guiña un ojo a Ed. El gesto hace que derrame el té en el mostrador.

Intento detener la cascada con el pañuelo que llevo en el bolsillo de la chaqueta, prendido con un imperdible. El cliente en cuestión puede recitar con toda precisión la lista de puntuaciones de todos los partidos de críquet de los últimos años. También es capaz de indicar el mejor momento para plantar espárragos y habas, y conoce la taxonomía completa de todos ellos. No tiene nada de olvidadizo. Me temo, más bien, que está solo.

—¿Qué haces, entonces, cuando ese hombre viene a por su bastón? —insiste SmartChoice.

—Voy abajo a buscarle alguno que no haya reclamado nadie —responde Anita.

—Uy, ¿eso está permitido? —pregunta la otra con los ojos muy abiertos, como un conejo.

—¿Y por qué no iba a estarlo? Tenemos bastones, muletas y de todo, para dar y regalar. También hay bastantes prótesis, por no hablar de las dentaduras postizas y los ojos de cristal. ¿Cómo es posible, me pregunto, que alguien se levante y se baje de un tren sin la pierna ortopédica? ¿Curas milagrosas en Metropolitan Line? No me extraña que los condenados billetes sean tan caros. —Deja escapar una risa ronca con la que capta de nuevo la atención de Ed.

Lanzo una mirada rápida a la puerta; ahora disfrutamos de un instante de calma, pero en cualquier momento podría entrar un cliente en busca de un objeto perdido y sorprendernos de palique, perdiendo el tiempo. Salta a la vista que esa posibilidad solo me preocupa a mí.

—Seguro que hoy han venido las pánfilas de los paraguas, ¿eh, Nita? —dice Ed.

—Vaya que si han venido —contesta. Le dirige una sonrisa de complicidad, se inclina al frente y añade con voz quejumbrosa—: «Perdona, querida, me parece que he perdido el paraguas».

Ed se ríe y ella, animada por su reacción, prosigue:

—«¿Podría describírmelo?», les pregunto. «Sí, claro», dicen ellas. «Es negro y tiene empuñadura.» «¿Negro con empuñadura?», digo yo. «Me parece que esta mañana han traído uno que coincide exactamente con esa descripción. Iré a buscarlo.»

—Es increíble que supieras que lo teníamos —dice SmartChoice. Esa chica es tan vacía como una ventana abierta.

—¿Vamos a por ese pitillo, Ed? —propone Anita.

—Será mejor que me ponga en marcha y vuelva al trabajo —responde él sin hacer el menor ademán de hacer lo que acaba de proponerse.

Anita se queda inmóvil por un momento, se muerde el labio brillante y luego se echa el enorme bolso al hombro.

—Dot, cúbreme, ¿quieres? No tardaré más de cinco minutos.

A sabiendas de que van a ser más bien quince, dejo mi caja de objetos perdidos y ocupo su lugar tras el mostrador mientras ella, contoneándose, sale a reunirse con los fumadores empapados en la salida de emergencia.

Me vuelvo hacia SmartChoice.

—A no ser que quieras que te clasifiquemos en la categoría de objetos diversos, ¿puedo sugerirte que vuelvas al trabajo?

—Nos vemos. —Descruza las piernas y vuelve con su balanceo a la oficina. Ed la sigue con la mirada, suspira y se escabulle por la puerta.

Reacomodo la pila de formularios de Objetos Perdidos y me arreglo la chaqueta mientras me preparo para el próximo cliente. No disculpo la actitud laxa de Anita con los bastones y los paraguas, repartiéndolos a su antojo, pero de un tiempo a esta parte ha tenido algún que otro sinsabor. Después de soportar durante años los devaneos y el semipermanente estado de ebriedad de su porcino marido, por fin lo ha puesto en la calle. Hace poco se presentó en casa borracho, emanando un tufo a Provocative Woman de Elizabeth Arden, y ella lo echó *ipso facto*,

junto con la bandeja de crujientes albóndigas de carne de cerdo que le arrojó a continuación. «Me pasé el fin de semana en el sofá en íntimo contacto con Gordon y su buen amigo Tonic», me explicó Anita con ojos de panda al obsequiarme con la noticia. Resultó que también había entablado relación con un licor de crema y afrontado las rondas silenciosas de la noche con coñac Napoleón. No lo juzgo. Alguna que otra vez yo misma me he entretenido de manera similar. Le preparé una taza de té y metí en su bolso *Explorar las islas griegas*, una guía de viajes extraordinaria.

La puerta se abre y un anciano con una gabardina flexible de color masilla y una gorra de tweed se acerca lentamente al mostrador.

—¿En qué puedo ayudarle? —pregunto.

—Vengo movido más por la esperanza que por una expectativa. —El agua de lluvia resbala por las arrugas de su rostro y adorna sus pobladas cejas grises—. La culpa es mía —prosigue—. La bolsa de mano.

Me humedezco con la lengua el pulgar y el índice, extraigo un formulario de objeto perdido de la pila y me desprendo el bolígrafo de plata del bolsillo de la chaqueta.

—¿Una bolsa de mano?

—Sí. De cuero. El color viene a ser como el del sirope dorado. Vieja, pero en bastante buen estado. Mejor que el mío. —Suelta una risita sarcástica que degenera en tos.

Tres pequeños zurcidos en la gorra; quienquiera que los haya hecho ha buscado un hilo exactamente del mismo color.

—Disculpe. —Despliega un pañuelo arrugado. Las gotas de la gabardina salpican el mostrador. Una de ellas aterriza en la manga de mi chaqueta.

—El viernes pasado cogí el autobús —continúa el anciano.

—¿Cuál?

—El de Stoke Newington a Oxford Street.

Asiento con la cabeza, anoto «73» en el formulario.

—¿Qué había dentro de la bolsa de mano?

—A ver... El monedero, bulbos de tulipán, una paleta...

—¿Puede describir el monedero?

—Es azul.

—¿De qué tono? ¿Celeste? ¿Marino? ¿Tinta de calamar?

—Digamos que lila azulado, con un pequeño cierre automático dorado.

—¿Un monedero de mujer?

—Sí, de Joan. Mi esposa.

—¿Y cuánto diría usted que había?

—¿Cuánto? —Arruga la frente.

—Dinero. —Dejo la mano suspendida sobre el formulario.

—Ah, estaba casi vacío. El preferido de mi mujer, entiéndalo, así que resulta agradable tenerlo cerca.

—Lo entiendo.

Y, en efecto, así es.

—¿Ha mencionado unos bulbos de tulipán? ¿Una paleta?

—Visito a menudo el cementerio de Abney Park. Me llevo el *Times* y hago el crucigrama. Yo prefiero el normal, pero Joanie era un hacha con el críptico. Siempre acertaba con los, esto... cómo se llaman...

—¿Los anagramas?

—¡Eso! —El anciano tiene una sonrisa de lo más amable—. Los anagramas. Era toda una experta. En cincuenta años no se equivocó ni una sola vez. —La nuez de Adán se le desplaza ligeramente—. Así que, si me cuesta resolver un acertijo complicado, cojo el autobús hasta el cementerio y lo hacemos juntos.

Bajo la vista. Las palabras «bolsa de mano» se desdibujan en la hoja ante mí.

—En realidad, solo quiero recuperar el monedero de Joanie. Es pequeño, así... —Ahueca las manos con delicadeza, como si sostuviera un pajarito: las abre y las cierra. Le tiemblan un

poco, pero distingo a la perfección la forma del monedero. Oigo el nítido chasquido del cierre automático.

Celo. Cemento. Cierre de seguridad. Mis palabras especiales. Las repito para mis adentros a la vez que me concentro en la respiración. Palabras sólidas, fiables y seguras, como bolitas de anís.

—Haré lo que pueda. Déjeme anotar los datos de contacto. ¿Su nombre?

—Appleby. John Appleby.

DESPUÉS DE QUE el señor Appleby se marchara, consigo atender a los siguientes dos clientes, pero me alegro cuando, a mis espaldas, el sonoro tintineo de un bolso demasiado lleno anuncia el regreso de Anita.

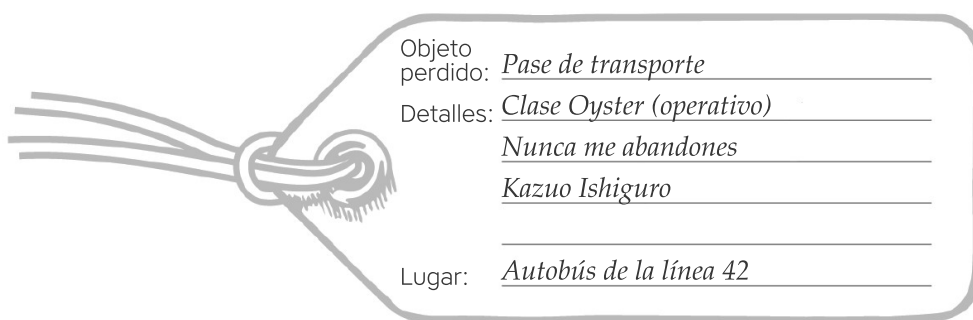
—Eres un sol, Dots.

—Tengo que colocar todo esto en los estantes —digo al mismo tiempo que agarro la caja de paraguas, empujada por el desesperado deseo de refugiarme entre las estanterías.

BUSCO LA BOLSA de mano en las baldas, pese a saber que no la tenemos. Lo hago porque sé lo que es necesitar algo tanto como el señor Appleby necesita ese monedero y el chasquido de su cierre. Yo aún conservo la pipa de mi padre. Una Dunhill. El cuerpo de carey, la boquilla de ébano negro, y cuando hundo la nariz en la cazoleta, ese toque de tabaco con aroma a cereza...

Me raciono y solo me permito olfatearla una vez al día. En una ocasión seguí a un hombre durante más de diez minutos atraída por ese olor. De vez en cuando deslizo la boquilla de la pipa entre mis labios: los dos tenemos una leve sobremordida, mi padre y yo. Mis dientes se acomodan en la muesca formada por los suyos y, anclada en ella, inhalo con fuerza. Trato de insuflarle aliento para que vuelva a la vida.

2



MI DESPLAZAMIENTO AL trabajo implica un tren, dos autobuses y un enérgico paseo por Baker Street. De camino a la oficina, siempre estoy atenta a todo. No puedo evitarlo, son gajes del oficio. Adivino en qué momento algo está a punto de desaparecer, a punto de perderse. Se produce una especie de silencio, una pausa. Me sorprendo a mí misma esperando a que suceda. La mujer del abrigo de color verde cilantro que está sentada cuatro asientos por delante de mí en el autobús bien puede estar aferrada a su bolso, pero no presta la menor atención a su pañuelo de seda, que se le resbala de los hombros y cae en el brazo del asiento de atrás. Afortunadamente, la persona del asiento contiguo, una chica que luce unos auriculares de un tamaño impresionante, se da cuenta y se lo devuelve. Luego está ese joven con la cartera flamante, en cuyo cuero flexible se recorta el contorno de su fiambreira. La abandonará pasadas unas semanas, al caer en la cuenta de que para integrarse en el grupo hay que ir al pub a la hora del almuerzo y pagar la primera ronda, en lugar de quedarse a comer el bocadillo solo en la oficina. Pero ahora mismo es un novato y rebosa esperanza.